

# **Mil y un males de los libros**

**Seudónimo:** Rogelio Hazlitt

¿Quién, en estos tiempos, se atrevería a decir que los libros son perjudiciales y dañinos? Sólo un loco, un demente que aborrezca el conocimiento, que esté contra el derecho universal que el hombre, sin importar su raza o condición social, tiene a la educación. El aura benéfica que se ha impreso en los libros es hoy un lastre, más que un logro histórico.

No siempre el libro fue bien visto, ni siquiera entre los intelectuales. Es bien sabido que Sócrates pensaba que la escritura terminaría por arruinar a las nuevas generaciones de lectores, socavando su memoria y haciéndolos esclavos de la palabra escrita. Los textos sagrados hebreos no eran en sus orígenes tan inofensivos como hoy nos parecen a los occidentales; eran más bien dignos de temor y servían, además de para conservar cierta memoria histórica, para esparcir entre la población una dosis de terror que mantuviera el orden. Basta recordar los múltiples castigos con los que azotaba Yahvé a los que osaban acercarse al Arca de la Alianza, donde se supone estaba su Verbo y el Dios mismo.

Envueltos en todo ese misticismo arcaico crecieron la palabra y el libro. En la Edad Media los lectores no eran dignos de admiración -al menos no como la entendemos ahora-, más bien infundían un tipo de respeto que fácilmente se confundía con el miedo. Y es que, claro, el libro significaba conocimiento, pero éste no sabía de derechos civiles y democracia. Era más bien una palabra que, oculta en las universidades, servía como sustento para las guerras y la dominación. El conocimiento, al igual que la lectura y los libros, estaba vedado a los infelices silvestres que apenas y sabían leer el mundo que los rodeaba; por otro lado, el clero y la aristocracia ostentaban la lectura como una llave no sólo para saber más, sino para mantener el secreto de su poder sobre los otros.

El ascenso de la burguesía también permitió que ciertos "lujos aristocráticos", como la lectura, empezaran a "vulgarizarse". A partir de ahí ya no hubo quien parara el virus de los lectores de a pie. Ya Ortega y Gasset, ese "aristócrata con vocación de pedagogo" -dice Serna-, lo preveía en su *Rebelión de las masas*. Y es que Gasset no niega al vulgo el derecho al aprendizaje, sino que lo provoca, reta a una masa que se niega a conocer, apalea a los perezosos ignorantes como Cristo hizo con los mercaderes. "A diferencia de Nietzsche, que observaba con asco y desprecio el surgimiento de un público autosuficiente, que ya no reconocía autoridad alguna, Ortega se propuso educarlo desde las páginas de los diarios, es decir, combatió al enemigo desde su propio terreno"<sup>ii</sup> (Serna). Esta intromisión de la lectura,

de los libros en la cotidianidad del vulgo, transformó tanto a los libros como a la masa que se rebelaba exigiendo el conocimiento, la educación, la igualdad.

No sólo en los diarios, también en las charlas de café, en el día a día, con *best sellers* que hoy se han vuelto clásicos indiscutibles, desde *El Quijote*, *Madame Bovary*, las novelas de Jane Austen, hasta *Cien años de Soledad* o *1984*, pasando por autores que fueron verdaderas personalidades del espectáculo; Shakespeare tal vez haría telenovelas hoy día. La literatura, la palabra escrita fue invadiendo el mundo cotidiano y con ella llegaron los lectores voraces que consumían todo lo que les daba la industria editorial, a veces, sin preguntarse lo que estaban comiendo. No hay mucha diferencia entre las amas de casa que hoy se embohan todo el día viendo telenovelas, las liberales entusiastas que se zambullen en *50 sombras de Grey*, y *Emma Bovary*, o entre Alonso Quijano y los adolescentes -o treintañeros- que siguen comprando cualquier videojuego que les permita ser más de lo que son en esta insípida realidad.

Con esto quiero decir que el libro no es sólo sinónimo de conocimiento, también de enajenación, de escape. En *El viajero, la torre y la larva*, Alberto Manguel asemeja al lector con un viajero, pero también puede que sea un sujeto encerrado en una torre, alejado del mundo real, escapando de sus semejantes a través de montones de papel encuadernado; o quizás puede que sea una larva, un bicho que sólo "chupa" información de lo que lee, lleno hasta el hartazgo de "conocimientos inútiles" que van a terminar convirtiéndolo en una especie de zombi con olor a podrido. "Se suele representar a los lectores como presas de seres imaginarios, víctimas de sucesos irreales, devoradores de libros, que a su vez son devorados por monstruos literarios". El lector como un aislado social, presa de sus propias fantasías, enajenado y extraño al común de los mortales es lo que Manguel asimila al necio de los libros, un "lector omnívoro que confunde la acumulación de libros con la adquisición de conocimiento, y que termina por convencerse de que los hechos que se narran entre las cubiertas suceden en el mundo real"<sup>iii</sup>. Para el escritor argentino la importancia de la lectura recae en el diálogo que pueda establecerse entre los libros y la vida misma.

Así, cuando los libros llegaron a la mano del vulgo y la lectura se volvió de dominio público, con ellos no sólo llegaron sus beneficios, sino también los vicios que ya desde las universidades medievales habían hecho estragos entre los eruditos. Hoy todo mundo lee y es extrañísimo encontrar una persona analfabeta -en el sentido estricto del concepto-, pero no

todos son tan sabios como San Agustín, ni tan críticos como Gasset. La lectura ha producido no una masa educada y culta, sino una bestia pedante con miles de cabezas.

Es gracias a esa políticamente correcta pedantería que la lectura se ha vuelto un acto benéfico y milagroso, tan es así que sería prácticamente imposible encontrar a alguien afirmando que leer es "malo". Es precisamente entre los analfabetas funcionales -aquellos que saben leer y no leen- que más se escucha sobre los beneficios de la lectura. Desde los ya consabidos bienes intelectuales hasta -en fechas recientes- los beneficios a la salud que te deja la acción de descifrar unos cuantos signos impresos en una hoja de papel.

Vivimos en el momento histórico en el que más se ha leído, desde el comienzo de la humanidad. Entre mensajes de WhatsApp, Messenger, estados de Facebook, tuits, artículos en internet, anuncios en la calle y en el mundo virtual, cada persona debe leer en promedio mucho más de lo que leía alguien a inicios del siglo pasado. Pero la lectura nunca se había hecho de una manera tan superficial, el vulgo democratizó el conocimiento y con ello también redefinió el derecho a la estupidez. Para mal o para bien hoy no existen los estúpidos, porque quien ignora está a un clic siempre de saberlo todo. El conocimiento se vulgarizó no en un sentido meramente político, sino en un sentido práctico, si antes el conocimiento significaba poder y exclusividad, hoy se ha vuelto una herramienta indispensable para transformar lo inútil en dinero. La información es hoy la panacea de la educación, y el conocimiento es un slogan para atraer jóvenes universitarios que buscan ascender en su estatus económico. La lectura dejó de ser un medio y se convirtió en un fin. Uno no lee para vivir, para aprender, o para ignorar menos, que diría Sor Juana; lee porque ahí deben llegar los que saben, porque el libro es el lugar de los intelectuales; las personas van al libro como a un lugar de descanso y no como quien se arrima a una tormenta: ése es el error.

Para Manguel otra vez tiene que ver con la metáfora del viajero: "El viaje actual no tiene destino. Su propósito no es movernos sino permanecer en el mismo lugar, [...] como sucede con nuestros nuevos hábitos de lectura. Desafortunadamente estos métodos no sólo afectan al viaje y la lectura; también afectan nuestros pensamientos [...]. Nuestras funciones intelectuales no sólo requieren conciencia de nosotros mismos, sino también de nuestro paso por el mundo. Ahora debemos volver a aprender a leer lentamente, de manera profunda y abarcadora, ya sea sobre el papel o en la pantalla: para viajar con el fin de regresar con lo que hemos leído"<sup>iiii</sup>.

No existe viaje si no hay regreso. La lectura implica un volver que nos transforma en verdaderos viajeros. En ese sentido el primer lector -y el primer viajero- fue Ulises, quien regresó de Troya para recuperar a su mujer y a su hijo. Sin retorno no hay héroe, parece decirnos Homero, y en ese primer viaje está la primera gran metáfora del que lee. Para Manguel, el verdadero lector no es el que se extravía en los libros, sino el que regresa a su Ítaca y lo cuenta. Un lector activo, uno que se revitalice con la lectura y no use los libros como un cementerio. Dice Serna que Schopenhauer, a pesar de lo que opinaba de la lectura, "creía en ella como un punto de partida, no como uno de llegada"<sup>iv</sup>; los libros son un puerto para zarpar, no una playa paradisiaca.

Entonces ¿qué daño nos han hecho los libros?, ¿en qué tormentas nos hemos internado por su causa? A Sherezade la salvó la ficción pero a cuántos de nosotros no nos ha traído malos tragos. Para saber cuánto daño nos pueden hacer estos artefactos intelectuales, realicé una serie de disertaciones alrededor del libro, como objeto y también como símbolo.

## El libro, ese objeto idiota

Olvidamos que los libros son objetos. Carentes de espíritu, son una forma física no pensante a la que nosotros damos cierto valor, dependiendo de nuestros intereses y bagaje cultural. No es raro encontrar personas que veneran los libros y, por añadidura, los lugares en los que estos reposan. Las librerías, las bibliotecas, son sitios de culto, parecidos a iglesias inaccesibles, a condición de que seas un iniciado en la religión del conocimiento. A pesar de las obvias diferencias, ambas comparten un aura divina que deslumbra a los simples mortales.

Pienso en aquellas ocasiones en las que acompañaba a B en su trabajo como librera. Estábamos ahí sentados, viendo posarse al polvo sobre los ejemplares y de pronto entraba alguien, buscaba algún libro específico pero preguntaba con cierto temor en los ojos. No es como si entraras a comprar una Coca Cola, una camisa o unos preservativos; el libro, ese objeto mágico, te hacía sentir estúpido *per se*, antes, siquiera, de abrir la boca. Peor si le preguntabas al cliente de qué editorial era, o si sabía el nombre del autor. Los no iniciados ni siquiera saben que los libros tienen nombre y apellido; para ellos son objetos sagrados – aburridos- e inaccesibles.

Los había también quienes tomaban en serio su papel de clientes que van a pagar por un bien o un servicio:

—¿Tienes el libro de los 7 tips para ganar dinero?

—¿Sabe quién es el autor?

—No.

—Supongo que tampoco conoce la editorial.

—No.

—Permítame.

—¿Lo tienes o no?

—No. Pero puedo...

—Uh. ¿Entonces qué tienes?

Cómo explicarle a este espécimen consumista que no se han publicado solamente mil libros en toda la historia de la humanidad, y que ir a una librería no es como ir al cine y

esperar a que tengan el combo de tu preferencia. La vida de un librero puede ser difícil, pero lo es más la de un lector que apenas y está empezando a entrar en el mundo de los libros y ya se siente atacado y despreciado por los que admira y a quienes aspira a ser semejante. Los habitantes de las librerías pueden ser, más que cómplices e íntimos amigos, insoportables y pedantes enjuiciadores.

Éstos, de entre todos los asiduos a las librerías, son los peores, pues han pervertido el objeto libro de tal manera que lo conciben como un bastón cubierto de piedras brillantes en el que apoyan su ignorancia. No usan el libro como un contenedor de conocimiento o una herramienta de la imaginación –que diría Borges-, sino como una credencial que –en su retorcida concepción del mundo- les autoriza tratar a los demás como si fueran asnos de carga. Los pedantes van a las librerías no sólo a comprar, también se pasean por ellas buscando ser vistos, reconocidos. Andan entre los estantes sin buscar nada; sólo clavan su mirada en los libros como los pervertidos que van a pajearse con las muchachas que salen a correr al parque. Los miran, se imaginan viéndolos en los estantes de su casa o bajo su axila, mientras avanzan entre la multitud de la ciudad luciendo únicos, especiales, hombres-libro que, suponen, relampaguearán sobre la oscura ignorancia de los otros.

Sus conversaciones son las peores. Es mil veces mejor platicar con un iletrado que con una de estas cucarachas de biblioteca. Para Miguel de Unamuno un pedante es un estúpido adulterado por el estudio, y él mismo dijo que prefería a los libros que hablan como hombres que a los hombres que hablan como libros. Es con esa aseveración con la que podemos llegar al meollo del asunto. Sin el sujeto lector el libro no es nada; mientras que el hombre sin un libro sigue siendo un hombre. Otra vez aparece el necio de los libros que menciona Manguel: aquel ser incompleto que recurre a un puñado de hojas en busca de aquello que le falta.

La frase de Unamuno es dolorosa porque la lectura debería humanizarnos, en el sentido de hacernos más empáticos, de conmovernos ante los otros como si ellos fueran nosotros. Sin embargo, con muchos sucede al contrario: la lectura los deshumaniza, los vuelve pericos mecánicos que repiten frases leídas en sus sacros ejemplares para sentirse “más completos” que sus semejantes. ¿El libro los ha corrompido? No, es su lectura errónea la que los ha vuelto insulsos y necios. A pesar de lo contradictorio que pudiera sonar es

precisamente cuando vemos el libro como un objeto insustancial que podemos sacarle provecho.

Si entendemos el libro como algo trascendente; como un *objeto* que nos supera, que *puede ser* a pesar nuestro; entonces estamos cediéndole espacio para que *actúe* por nosotros; el libro se vuelve un mecanismo de evasión de nuestra responsabilidad como lectores. “En tal libro dice que...”, como si el libro hablara por sí mismo, como si nuestra lectura sólo hubiera sido un paseo por la playa. “Fulanito menciona, en su libro tal, que...”, como si al leer sólo estuviéramos *escuchando* a otro.

También está quien mira al libro como un objeto insustancial por sí mismo, una invitación al diálogo, y se pregunta ¿qué es el libro sin mí? Nada. Sin la lectura el libro no tiene voz. Debemos entender que cuando leemos realmente no escuchamos lo que el autor escribió, nos escuchamos a nosotros mismos. Leer es un proceso físico: vemos sobre la hoja (o la pantalla) un conjunto de códigos que previamente aprendimos a decodificar; lo hacemos y posteriormente la información llega a nuestro cerebro. La *vemos*, la *escuchamos*, pero no es el libro el que nos habla, somos nosotros; es nuestro proceso decodificador el que interviene sobre la página y se lleva lo que quiere o puede de ella.

Al enfrentarnos al libro nos enfrentamos, primero, a un proceso de decodificación que puede ser más complicado en algunos casos que en otros (no es lo mismo leer a Onetti que a Benedetti), es aquí donde más interviene lo escrito, concretamente; luego viene la otra parte, cuando no sólo *decodificamos* sino que interpretamos lo que *pudimos* leer. Al interpretar no sólo echamos mano del texto recién leído, también *leemos* nuestros prejuicios, nuestras experiencias vitales, el contexto físico en el que estamos; lo que pensamos en ese momento. La lectura es siempre el resultado de la interconexión de varios discursos que coinciden en el momento de la misma. ¿Leemos el mismo Rulfo en la secundaria que a los treinta años?, ¿leeremos igual a Fausto en la parada del bus que en la cama de un hospital? El libro es su lector, es sus circunstancias.

Podemos pensarlo también de otro modo; lo que hace el autor (que ya dijo Zaid que “todo autor es un segundo autor”) es un *mapa*; el lector tiene frente a él una cartografía ajena, pero al leer empieza a recorrer *su* mundo con las *indicaciones* del otro. A medida que avanza en aquella geografía prestada la va volviendo suya, la va modificando (con sus



prejuicios, sus vivencias, sus circunstancias) y entonces aquel mundo prestado se vuelve propio al fin y la lectura ha tenido éxito.

Así, volviendo a la fructífera frase de Unamuno, el libro *hablará* como un hombre si quien lo lee es uno. Un idiota que se adentra al libro saldrá igual de idiota pero con un puñado de información que lo hará sentir un pequeño dios en su mundo de mediocridad. Los hombres que *hablan* como libros son una plaga que, si bien no se puede erradicar, hay que evitar a toda costa.

El objeto libro es más que un objeto, es cierto pero, como todas las cosas, cuando se le *utiliza*, cuando se le sustrae del mero concepto y se le da un valor de *uso*, la práctica del libro es la lectura, y la lectura no está completa si no se manifiesta como un diálogo. El uso de los libros debe ser superior al del mero artificio, o al del simple adorno.

Nadie podría negar que hay cierto placer fetichista en cualquier lector; pero el fetichista debe humanizar los objetos para extraer de su uso el mayor placer, mientras que el lector infértil lo que hace es cosificarse a la par del libro, y así se vuelve un objeto digno de embodegarse y cubrirse de polvo.

Las librerías y las bibliotecas no guardan objetos sagrados, comprar o tener miles de ejemplares no te hace ni mejor ni más inteligente; mucho menos te da las credenciales para someter a los demás ante tu megalomanía. Entrar a la religión del conocimiento que los pedantes han erigido para protegerse de sus propias carencias, es como entrar a cualquier religión para convertirte en un súbdito de tu propia ignorancia.

## El peso del saber

Si el objeto libro contuviera, como insisten los defensores de la lectura bien intencionada, el conocimiento; si dentro de ellos se encontrara la sustancia de la sabiduría, entonces podríamos echar mano del gramaje de los libros para medir cuánto pesa el conocimiento. Y si la cantidad de páginas que uno se traga en su vida es lo que lo hace más inteligente, si hubiera una relación directamente proporcional entre las líneas que uno lee en su vida y lo sabio que puede llegar a ser un hombre, entonces todos querrían leer. Falso. Aunque realmente existiera esta función proporcional a la gente no le interesaría leer; lo que atrae a los hombres no es lo que se puede guardar en bodegas, sino lo que reluce a simple vista. Lo que realmente nos interesa de la lectura es su apariencia; la simulación del conocimiento y no el conocimiento.

Pero vayamos más lento. Primero: el conocimiento no pesa –en el sentido estricto de la palabra-, no se ve afectado por la gravedad ni se somete a las leyes de la física; pero el libro, el objeto que por antonomasia representa el conocimiento, sí. Volvamos a mirarlo en su calidad de objeto; como tal, si suprimiéramos todas las cualidades no objetuales que pueda tener, es una cosa más bien estorbosa, fea, *pesada*, algo que está de más en cualquier sitio.

La estética de cualquier objeto se sustenta, primero, en su utilidad. La rueda fue bella porque era útil, el fuego era hermoso porque *servía* al hombre. Una vez que superamos la cara práctica de las cosas empezamos a verlas desde otra perspectiva y les inventamos cualidades que no necesariamente las hacen más útiles, sino que más bien las hacen más “bellas”; a veces, incluso, esas cualidades van en detrimento de la utilidad. La estética surge de una praxis, pero luego la praxis se somete a una estética. El libro no tiene una utilidad de facto; más allá de su lectura –como mencioné en el capítulo anterior-, el libro es una cosa inservible y correspondería más bien a la categoría de la bisutería. La simulación, el simulacro del libro, es lo que lo mantiene con vida hasta el día de hoy.

Pensemos en dos tipos de lectores y llamémoslos, para efectos prácticos, lector A y lector B. El lector A es uno desprendido de las cosas materiales; lee porque quiere conocer, porque cree que del libro sustraerá la esencia de la sabiduría. Una vez *utilizada*, desecha la

fuente de la que obtuvo su saber. El lector B se acerca a la fuente pero no bebe de ella; sólo contempla su reflejo y sonrío. La necesita para que le recuerde lo bello que es, sabe que si bebe podría terminarse el agua y con ello también su fotografía. Cuando se cansa de aquel reflejo, o cuando de tanto mirarlo le parece que se ha falseado, busca otra fuente, pero no abandona la que ya tenía. Se vuelve un coleccionador de libros aun sin que los haya vaciado; lo que le interesa no es el contenido, sino lo que el objeto refleja, la falsa belleza de un reflejo.

El lector A pareciera ser un ideal de conocimiento, un hombre ejemplar que se interesa por lo esencial, mientras que el B es más bien un avaro coleccionista de espejos. Pero, para bien o para mal, el primer tipo de lector no existe. El sujeto A es tan irreal como el Zaratustra de Nietzsche. Quien renuncia a la fuente de su conocimiento se supone inmortal y superior a cualquier otro semejante; quien lee libros y luego los abandona no está abonando a una ética del conocimiento, sino a una ética de la superioridad. El conocimiento no es una fuente que pueda vaciarse, sin peso ni cuerpo físico es incapaz de “llenar” a un ser humano; y quien no dialoga, quien no confronta cotidianamente sus ideas con los demás, no puede acceder a la sabiduría. Un ermitaño que ha *bebido de todas las fuentes del conocimiento* y se aleja, es tan inútil como un libro del que nadie conoce la lengua en la que está escrito. Aunque esta metáfora pueda seducirnos, el conocimiento sólo puede tratarse en términos humanos –con las carencias que esto conlleva-. La sabiduría es la búsqueda de los límites del conocimiento mortal. En *Job* nos queda claro que la sabiduría es el temor de Dios, y si leemos este libro bíblico con los ojos actuales podemos entender que el temor de Dios es el temor de lo desconocido, nuestra lectura, nuestro conocimiento llega hasta donde conocemos; lo demás, Dios, es el temor, y en su horizonte se encuentra la sabiduría.

El lector B, por otro lado, es el común y silvestre. Todos tenemos algo de este sujeto; incluso si compramos y luego regalamos nuestros libros. Volvemos a ellos, en una biblioteca, en una charla de café, cuando realizamos una tesis universitaria o cuando queremos escribir una cita interesante en las redes sociales. Buscamos el libro, volvemos a la fuente de los espejos para simular algo que no somos.

La cualidad de simulación no puede abandonar al libro porque es inherente a él. Quien tiene en su casa un puñado de libros propone a quien lo visita la interpretación de que en ese sitio hay una “búsqueda de conocimiento”. Si alguien mira una fuente supone que hay agua, aunque la fuente se encuentre vacía; es el caso al que se enfrenta el lector que intenta vivir

sin *el peso* de los libros. Llevar un ejemplar bajo el sobaco, sentarse a leer en un lugar público, entrar a una librería, intervenir en una conversación sobre libros, implica una serie de suposiciones que no dependen de la persona real que se ve afectada. Pareciera que quien lee pierde, de inmediato, el derecho a la ignorancia.

El conocimiento por sí mismo no pesa, lo que pesa es lo que nos permite reflejarlo. ¿Quién no ha sufrido la terrible tortura de las mudanzas cuando se tienen demasiados libros? Pero ¿por qué nos es tan difícil deshacernos de ellos?, ¿por qué no, simplemente, los regalamos o los rematamos?, ¿por qué no los tiramos a la basura como si tiráramos un par de calcetines viejos?

Razones hay muchas, pero nos concentraremos en una. El libro, como ya dije, no tiene una función práctica. Como objeto concreto vive sólo de las proyecciones anímicas que realizamos sobre él. ¿Por qué nos cuesta más deshacernos de un objeto cualquiera que de, no sé, unos viejos pantalones que nos regaló nuestro primer amor? La respuesta es obvia y peca de cursi: porque los pantalones son un regalo de alguien que marcó nuestra vida. Es decir, el pantalón no es más un objeto, es un *contenedor anímico* en el que hemos guardado una experiencia vital que suponemos forma parte nuestra. Los libros, al no tener una función práctica –como sí los pantalones–, tienen sólo la otra capacidad, la de ser *contenedores anímicos*. Resta recordar que un contenedor de este tipo no sólo guarda sentimientos positivos y empalagosos; también puede contener nuestros prejuicios, nuestras frustraciones y nuestras pretensiones.

Cuando nos mudamos de casa y cargamos con nuestros libros, aun a costa del peligro inminente de rompernos la espalda, nos llevamos con ellos también la pretensión y la necesidad de recurrir a la fuente donde nuestro reflejo no es tan patético como lo suponemos. Cargamos con cientos o miles de ejemplares, y entre el polvo y las polillas va también nuestra imposibilidad de comunicación y de inmortalidad.

Hemos guardado en los libros la memoria y sin ellos nos sentimos abandonados en un efímero presente amnésico. Tal vez Sócrates estaba en lo correcto.

## La invasión silenciosa

Los libros llegaron a nuestra vida cotidiana por una combinación de muy diversos factores. La ambición burguesa por el conocimiento –el juguete exclusivo de la aristocracia-, la democratización de la educación, el triunfo de la revolución informativa. Hoy conocimiento es sinónimo de educación y de información, y así los libros se han vuelto el estandarte posmoderno de una generación educada, culta, “preparada”; es decir: lista para consumir y ser consumida. El acceso a la información ha permitido que el conocimiento, ese incómodo sinónimo, se acomode a nuestro lado en el sofá de cualquier hogar con conexión a internet.

¿Qué papel juegan los libros en el mundo actual? En algunos hogares son el ancestro que se respeta. “Yo antes usaba las enciclopedias”. “Todo eso también está en los libros”. “Deberías ponerte a leer en lugar de perder el tiempo en esa computadora”. En otros son el complemento ideal de las tardes ociosas: “No hay nada como leer bajo la lluvia de agosto”. Pero es raro que en alguno se les considere un estorbo; algo que empiece a sugerir una preocupación. Eso sucede sólo en los hogares donde hay uno o más lectores patológicos.

Los lectores patológicos son los únicos que pueden existir. Vista como una enfermedad, la lectura rompe todos los paradigmas actuales acerca de sus beneficios, que van desde los intelectuales hasta los de salud física. Pues quien acude a los libros buscando un beneficio que se refleje en las calificaciones escolares o en un mejor empleo, está fallando como lector. El verdadero, aquél para quien la literatura fue hecha, es el que sufre la lectura como una enfermedad que lo obsesiona, alguien parecido al Quijote, o a Montano –el personaje de Vila-Matas-. Así, este tipo de sujetos padece la ficción como una *afición* que poco a poco invade su vida entera.

Es la misma sociedad que nos abriga como *lectores curiosos y casuales* la que nos condena cuando nos volvemos unos *lectores consuetudinarios y obsesos*. Lo que al principio puede parecer un hábito sano, positivo y proporcionador de elogios, luego se puede volver un vicio, un problema que implica gastos, detrimento a la salud y enjuiciamiento de nuestros seres queridos. Alguna vez leí en un artículo que los padres están felices de que sus hijos lean

hasta que *realmente se vuelven lectores*. Es decir; hasta que se encierran en su habitación y la ficción empieza a reclamarlos para sí. Entonces no faltarán las sentencias de “vas a volverte loco”, “sal a la vida”, “todo en exceso es malo”. Sentencias tan estúpidas como las que aseguran que “leer es bueno para la salud” o que “leer te hará mejor ser humano”. Pero las primeras tienen, como mencionaba Manguel, una justificación cuando los lectores abandonan el mundo real para migrar completamente a la ficción libresca.

El lector debe serlo de manera patológica, debe leer por una necesidad irremplazable; como el alcohólico que irremediamente va hacia el abismo de la botella. Así el que lee busca el territorio de lo irreal, lo persigue irremediamente, incansable. Va tras la literatura sin saber que ésta ya lo ha envuelto. Pero no es la ficción realmente lo que persigue el lector, no es ese mundo falso que hay escondido en los libros lo que seduce al *verdadero* lector, sino la línea, la infinitesimal frontera entre la ficción y la realidad. El lector que se ve invadido por la literatura y, que a la vez, la invade, es aquel que se sostiene, apenas, en esa frontera.

Como el dipsómano que vaga entre la embriaguez y la sobriedad, así el lector asiduo se emborracha de literatura para luego regresar al territorio llano de lo real. Aquí nos cuenta lo que ha acontecido sin más intención que la de expulsar de él el veneno de la lectura; aquello que podría terminar volviéndolo un habitante total del territorio ficticio al que va como visitante.

Alonso Quijano viajó a la locura y volvió de ella. Es un héroe romántico que obtuvo la cordura sólo para despreciarla; pero la obtuvo. En *El Quijote* hay una apología de la locura que cimbra los cimientos de una realidad insípida. Recordemos que incluso los *convencidos*, aquellos que buscaban que Quijano volviera en sí, tuvieron que entrar a su territorio, tuvieron que jugar el juego de la ficción para destronarla de la cabeza del demente Hidalgo. El bachiller Sansón Carrasco es menos seductor que El Caballero de los Espejos; éste, sin embargo, es un ser ficticio que tuvo que inventarse para *enfrentar* a Don Quijote. La ficción exige a quien la encara ponerse un antifaz y eso, sin duda, la hace una hermosa mentira.

Shakespeare muestra la patología lectora de una manera más bien freudiana. Cuando pensamos que siglos después del dramaturgo victoriano, el padre del psicoanálisis propondría la representación ficcional como una *forma* de sacudir el inconsciente, no podemos más que aplaudir a Shakespeare quien, en voz de Hamlet, propone representar la muerte del rey para develar a sus asesinos. La lectura del personaje Hamlet es una patológica; su enfermedad

deviene en arte, pero es un arte que busca la venganza. La tragedia del príncipe de Dinamarca es también la de un lector obseso con la muerte; aquel que lee, que representa, que entra a la ficción, buscando a los culpables de su desgracia. En Shakespeare también está presente la locura del lector, pero al igual que pasa en el Quijote, ésta no es exclusiva de la ficción, sino que salta de territorio en territorio para mezclar ambos mundos. Para Freud el inconsciente podría ser un sitio más bien desconocido, pero indispensable para la existencia del sujeto en los márgenes de la cordura. Y así es, para que la realidad pueda ser *interpretada*, para que pueda ser *habitabile*, requiere de la ficción. La imaginación es la piedra angular de lo real.

No obstante esta simbiosis indispensable, nunca faltan los vilipendiadores de la fantasía. Y siempre habrá un Sansón Carrasco, un peluquero, un cura, que entren a ella sólo para buscar expulsarla de su mundo concreto e inamovible. Pero no olvidemos que incluso las disciplinas que sostienen con tal precisión el universo abrevaron –y abrevan- de la imaginación.

Como objeto el libro representa ambos mundos: en su *forma* está el real, mientras que en su *contenido* está el ficticio. Sin la forma física el conocimiento sería inaprensible, y sin la esencia la forma sería un cascarón inútil. Desde esa perspectiva podemos suponer que los libros, a pesar de todo, sí son vehículos de la imaginación y el conocimiento.

Cualquier lector patológico –es decir real- , como yo y como muchos otros, los ha visto moverse dentro de la casa. Y habrá entre nosotros el que se sienta orgulloso de no tener ningún libro en su habitación. O de mantenerlos al margen, en la biblioteca o en el estudio, como el bebedor que se ha prometido sólo beber fuera de casa o en fin de semana. Pero los hemos visto moverse, avanzar sigilosamente, aparecer a nuestros pies, o colocarse vigilantes sobre nuestras piernas. Avanzan, con una precisión que da miedo y seduce al mismo tiempo. Se nos atraviesan en medio de un paseo, en el baño, en la cama, bajo la almohada, en el interior de nuestra cabeza, detrás de las ventanas o entre las viejas fotos. Nos miran, los miramos y empezamos a hablarnos como quien hace tiempo no se veía y se necesitaba.

## El antisocial erudito

Hablaba con Roberto, un amigo argentino, sobre este ensayo. Haciendo una breve encuesta en las redes sociales, sobre los daños que puede ocasionar el libro a sus lectores, se repitió varias veces la respuesta de que los libros te volvían una persona antisocial. Roberto me decía que eso no era cierto, que no son los culpables los libros de nuestra misantropía. Al principio pensé que se refería a aquello de que lo misántropo y lo antisocial ya lo traemos, como se dice, en la sangre, y que la lectura es sólo una consecuencia de aquella condición nata. Sin embargo, Roberto no se refería a eso, más bien sostenía que la lectura producía conocimiento y que el conocimiento, inevitablemente, ocasionaba aquel alejamiento de los otros.

Me contó de la analogía nietzscheana de la montaña. La mayoría de las personas –la masa- vive a las faldas de la montaña. Ahí es más “fácil y cómoda” la vida; ahí los vientos son amables y se tiene el agua y la compañía a la mano. Entre más se sube a la montaña, más se aleja uno de sus semejantes, más lejos de la comodidad y más cerca de los fuertes vientos de la intemperie. Arriba, si es que alguien puede llegar realmente hasta la parte más alta, está la soledad absoluta, el silencio del conocimiento.

Nietzsche era un sabio atormentado, como debe serlo cualquier sabio, porque acercarse a la cima del abismo no debe ser cualquier cosa; implica el abandono, la consciencia de la renuncia. ¿Y una vez arriba bajar es una tentación o una responsabilidad? El *elevado* se convierte en una suerte de demente iluminado o un maestro de alpinismo intelectual.

El primer problema es que la mayoría de nosotros preferimos la compañía que la soledad; o la soledad sólo como un lujo que podemos tomarnos para descansar del que somos cuando estamos con nuestros semejantes. Pero *esta soledad*, la de la montaña nietzscheana, no es para nada un placer ocioso, sino una condena de la que no podemos escapar; aprender el lenguaje de los Dioses implica ser incapaces de comunicarnos con los mortales. Quien ha entendido el mundo ya no *está en el mundo*. Lo mira desde afuera y los de dentro sólo escuchan su voz como un eco lejano.

Mencionamos también aquella anécdota curiosa sobre la teoría de la Relatividad. Se le preguntó a Arthur Stanley Eddington si era cierto que sólo tres personas del mundo



comprendían la teoría general de la Relatividad. Eddington respondió: "¿Quién es el tercero?". El chiste que nos ocasiona una risa vergonzosamente culpable es una forma de ilustrar nuestro punto. Einstein llegó a la cima de una montaña que otros vislumbraban desde lejos, y volvió a contárnoslo pero ¿cuántos lo entendimos? Todavía hoy, a casi cien años de que el genio alemán haya publicado su teoría, la escuchamos sólo como una especie de conjuro que no podemos comprender del todo. Ramanujan fue otro matemático que tocó la cima del conocimiento apenas y pudo bajar, pero nuestros contemporáneos siguen sin entenderlo. Murió luego de la guerra y todavía no sabemos muy bien si era un demente brillante o un genio enloquecido.

El problema del mundo es que lo vemos desde nuestros ojos, que no hay otra manera de acceder a él más que a través de nosotros mismos: imperfectos, tangenciales, accesorios.

Roberto es argentino y lo digo sólo porque el prejuicio contra ellos –aquél de su pedantería y su soberbia- nos viene como anillo al dedo si estamos hablando de Nietzsche. Roberto es un buen tipo y para nada un pedante, pero tampoco podemos decir que sea un sujeto modesto y humilde; de ahí que cuando le pregunté acerca del tema que estaba trabajando comenzara su diatriba contra los estúpidos y los ignorantes. Yo lo escuchaba emocionado porque estaba dándome un bello pasaje para este ensayo, y porque siempre me gusta escuchar a la gente que habla con pasión de algo que le interesa.

Para él es claro que el precio a pagar por subir la montaña es justo con tal de alejarnos de la chusma analfabeta que permanece a las faldas de su mediocridad. En ese sentido, comparto con él que siempre es mejor seguir adelante, así nos quedemos solos en el camino; el único problema es que el *chusmerío* ni se entera. ¿Cuántos de nosotros vivimos felices y campantes sin conocer las más elementales leyes de la física? Y claro, hay millones de personas que han conocido el amor y la desdicha sin haber leído jamás a Shakespeare. El conocimiento, para las mentes elementales, es un estorbo e, incluso, pagarían porque se lo llevaran lejos. Cuando el misántropo erudito se aleja de la manada la manada le aplaude y lo celebra. ¡Vete y llévate tu costal de papas a donde no moleste!

En el mundo actual pareciera que el conocimiento ha vuelto a tomar la delantera; que la batalla está del lado de los alpinistas que se atreven a ir hacia arriba. Pero habría que preguntarnos qué tanto de cierto hay en eso. ¿La masa se ha acercado a la cima o es más bien que bajaron la cima a la chusma? Un planteamiento como éste no puede resolverse de manera

sencilla, pero creo que la respuesta está más cercana a la segunda opción. Si tan pocos han llegado a la cima de la montaña ¿por qué no le bajamos la cima a los enanos? Hoy es difícil distinguir quién es un verdadero alpinista del conocimiento y quién sólo es un amateur que hace de la sabiduría un hobby para el fin de semana.

Hablábamos de todo esto en un café y no podía evitar avergonzarme un poco, no por lo que decíamos, sino porque nos *autodesignábamos*, al hacer estas declaraciones, como auténticos eruditos que habíamos abandonado a la chusma que vivía a las faldas de la montaña. Pero entonces volteaba a ver a las otras mesas y pensaba que si nos oían ninguno de ellos creería que al decir “masa”, al hablar de “chusma”, nos referíamos a ellos; es decir, nadie al oír que hablan de los estúpidos cree que se refieren a él. El idiota siempre es el otro, y el mundo de simulación en el que estamos inmersos nos hace creer que siempre estamos en camino a la cima y no en el agujero de la mayoría.

Alberto Moravia dice que “uno pone su paraíso en el infierno de los otros”<sup>vi</sup>, y de igual manera hay quienes ponen su infierno en el paraíso del otro. Estúpidos, pensamos, y los estúpidos que señalamos designan a la vez a otros estúpidos que, claro, se burlan de quienes les apuntan con el dedo. No entienden nada de nada, dicen. El primer paso que debiera permitirnos dar el conocimiento es el de aceptar nuestra ignorancia, el de señalar en nuestro ojo la viga antes de señalar la paja en el del otro. Pero lamentablemente no es así.

El antisocial erudito puede bien subir *realmente* a la montaña para, desde ahí, apreciar aquel inmenso abismo que le falta por *conocer*, o puede también inventarse una montaña y subirse a aquella ilusión para saciarse con la estupidez de los otros. Hay quienes entienden el conocimiento como la necesidad de encontrar los límites de nuestra ignorancia, y los hay quienes lo practican como una perversa forma de alimentarse de la ignorancia de los otros.

En cualquier caso Roberto y yo pasamos una tarde divertida contando anécdotas sobre la masa iletrada mientras, seguramente, alguien pensaba en nosotros como un par de idiotas que no había leído bien a Nietzsche porque, vamos, Heidegger no interpretaría de manera tan simplona aquello de la montaña y claro que...

## Y entonces se detuvo. El lector inmóvil.

“Una vez, Flash entró a una biblioteca. En un solo día leyó todos los libros. Se convirtió en un sabio. Dejó de correr.”

Al igual que en la frase anterior –que es el texto de una tira cómica donde aparece este superhéroe-, la figura del lector siempre está más relacionada con la pasividad que con el movimiento. Quien lee es un sujeto que ha *elegido* permanecer inmóvil. Y es que la lectura es una acción que requiere cierta tranquilidad, una especie de aislamiento que permite que el encuentro *íntimo* entre lector y libro se lleve a cabo con éxito. Ahí es cuando las contradicciones comienzan a aparecer, pues dos actividades política, física y anímicamente correctas como son el ejercicio y la lectura se contraponen. Una exige movimiento para fortalecer el cuerpo, la otra requiere pasividad, para fortalecer la mente. A pesar de que lo anterior pueda resolverse muy bien con la coloquial frase de “todo con medida y nada con exceso”, no olvidemos que un verdadero lector es aquel que lo es de manera patológica; que *necesita* leer. Mientras que, del otro lado, un verdadero deportista, aquel que ha hecho de su cuerpo un teorema de perfección que busca demostrar, no tiene mucho tiempo para la pasividad que implica la lectura.

Leer y vivir sanamente son dos extremos que raramente se tocan. Malcolm Gladwell dice que se necesitan 10 mil horas para lograr ser un experto en cualquier actividad. La vida es breve, y el éxito lo es aún más; para alcanzarlo hay que ir sobre él como un cazador implacable que estará dispuesto a perder todo lo demás en su trayecto. Se trata de volver la búsqueda de *aquello* que se persigue una obsesión. El problema aquí es que el lector, a diferencia del deportista, no sabe precisamente qué es lo que persigue. Se interna en los libros con la misma obsesión enfermiza que lo hace un joven prometedor del béisbol que entrena ocho horas diarias, pero la lectura no es precisamente algo que requiera técnica. ¿O sí?

Nos han enseñado a leer, incluso nos han tratado de decir qué leer y cómo leerlo. Pero el lector promedio acude a los libros por varias razones: entretenimiento (cada vez menos),

información (aún menos), aceptación social u obligación, y por último porque busca conocimiento. Para Harold Bloom esa sería la primera y más legítima razón por la que un hombre debiera abrir un libro; sin embargo, es la más rara. El conocimiento es algo tan abstracto que cada quién puede ser un sabio a su manera; y los hay también quienes son considerados sabios sin haber abierto un libro en su vida. El libro como objeto es una de las cosas más inútiles hoy día, y para todos sus “usos” se ha encontrado un remplazo en las nuevas tecnologías. Incluso aquella, la esencia del libro, ahora ha dejado el papel y se ha ido a vivir al mundo virtual. Nadie duda que es más práctico y fácil buscar información –a saltos y de manera rizomática- en el Internet que en una biblioteca. También es indudable que si el conocimiento estaba en los libros y ahora el contenido de éstos se encuentra en la red, por lógica ahora el conocimiento está también dentro del mundo digital.

Al hacer a un lado todos estos “usos” superados del libro nos queda sólo acudir a él porque es una “obligación social”, porque la familia, la escuela, el Estado, nos dicen que los libros son una cosa *buena y benéfica*; porque todavía no nos libramos del lastre de los volúmenes impresos y éstos guardan una nostalgia por aquel mundo perdido en el que la realidad todavía estaba *afuera* de una pantalla. Pero lo cierto es que los usos *comunes* del libro han sido desplazados y cada vez es más difícil sostener el mito del libro y con éste a la industria que vive de él.

El deportista obseso de la lectura hoy se encuentra ante un cambio de panorama, pues debe cambiar su campo de entrenamiento, mudar su actividad del oloroso papel al práctico monitor. ¿El Flash del que hablábamos al principio dejaría de correr si en lugar de entrar a la mágica biblioteca entrara al laberíntico mundo del Internet? Lo más probable es que el buen Flash se cansaría antes de acabar de *leer* todo lo que el internet puede ofrecerle. El conocimiento no se ha mudado a ningún lado: nunca estuvo en los libros, y tampoco está en el mundo virtual.

Conocer es *leer* el mundo, y el mundo incluye tanto a lo impreso como a lo digital; incluso podemos *leer* lo que no es deliberadamente un mensaje. Lo *leemos* todo. Pero recordemos que, como mencioné anteriormente, leer no es sólo decodificar, implica también interpretar. Conocer implica *reconocer*. Es por ello que todos leemos, sí, pero leemos parcialmente, es decir: interpretamos apenas o evitamos interpretar; no conocemos porque

no re-conocemos. Nos basta una mirada rápida para creer que lo *sabemos*, pero el verdadero conocimiento está en mirar dos veces la misma cosa. Leer es, entonces, *retardarse*.

Con esto en mente podemos volver a mirar los dos soportes de lectura actuales. Por un lado está el virtual, la red donde la información pulula y el pobre Flash termina agotado a pesar de sus súper poderes. Por otro lado tenemos el libro: en él hay un *sentido*, es decir: la información, el mensaje, adquiere *dirección*. El libro no es la lectura, es una *guía* para el lector. Un mapa en el que el mundo propio, el del escritor y el de todos se amalgaman.

Es importante aclarar que el libro debe entenderse como una *forma* que contiene un contenido específico y previamente seleccionado, así sea esta forma impresa o digital. El libro, a diferencia de la información desperdigada que podemos encontrar en la red, es humano y nos habla como tal, diría Unamuno. El contenido del mundo virtual está hecho para una masa que corre, que trata de alcanzar el conocimiento a marchas forzadas; el del libro está dirigido a un tú, a un solo lector que como la tortuga de la fábula de Esopo, se toma su tiempo porque todavía no tiene muy claro hacia dónde se dirige. Y tal vez en ello esté el verdadero logro de la lectura, en que la travesía es a cada paso una meta resuelta, en que no se necesitan diez mil horas para ser un experto, pues el verdadero lector ha convertido su patología en una técnica eficaz, con la que la postergación es la única conquista.

Flash ha dejado de correr, pero dentro suyo se mantiene en movimiento. No hay lector pasivo, pues el verdadero es como el que exigía Cortázar, uno que modifica el libro, que al entrar en él lo transforma. “El cine es más rápido que la vida, la literatura es más lenta”<sup>vii</sup>, dijo Piglia y acertó en que la literatura es un lente que nos permite iluminar la vida con la lámpara de la lentitud; la lectura posterga la muerte y en ese postergar nos muestra el sentido de la vida misma. Por ello el libro es necesario, porque está lleno de *sentido*, a diferencia de la realidad, esa liebre que cree llevarnos la delantera.

## Los vividores del libro

Con el libro, llegaron también los que empezaron a sacarle provecho a su supuesta capacidad para generar conocimiento. La Universidad medieval no fue sólo productora de los primeros debates trascendentales del occidente postclásico, también provocó un sinfín de discusiones sin sentido que debieron parecerse a la mayoría de las charlas de bar en las que hoy día se enfrascan los estudiantes universitarios de filosofía o cualquier otra carrera “humanística”. Al igual que en aquellos arcaicos centros del saber, hoy en las universidades se busca enseñar, generar conocimientos y fomentar el diálogo y la discusión con fines de investigación. Pero, siendo sinceros, cuántas de las instituciones dedicadas a la enseñanza respetan los elevados ideales que ostentan en sus documentos constitutivos.

El objetivo de los centros educativos actuales es crear profesionistas listos para ser carne de cañón de la dinámica de consumo. Salir de la Universidad lo más pronto posible no para *generar nuevos conocimientos*, tampoco para *crear caminos al debate constructivo*, sino más bien para *generar y crear productos, bienes o servicios* que puedan *consumirse*, es decir: venderse y comprarse. Porque conocer es consumir, saber es deglutir lo más posible y a la mayor velocidad que se pueda. Los hambrientos de conocimiento están destinados a morir de inanición y a convertirse, ya con un título de defunción universitario, en zombis con posibilidades de crecimiento en alguna empresa con buen sueldo y prestaciones.

Los vividores del libro han existido siempre y la premisa que los englobaría a todos sería la de vivir no *para* el conocimiento, sino *del* conocimiento. La lectura no como algo que provea, sino algo para proveerse. Es decir, pensamos en el conocimiento no como un fin, más bien como un medio para obtener reconocimiento, tal vez dinero, poder. Creemos con sentencias paternas que nos incitan a no ser un Donnadie, a estudiar para tener un mejor futuro. Entramos a la escuela primaria en busca de *nosabemosmuybienquécosa* que nos va a dar *un futuro*, y para convencernos de atravesar esa etapa nuestros progenitores echan mano de estímulos económicos o torturas físicas. Luego vendrá la secundaria, la preparatoria y, por último (si no avanzamos hacia los posgrados), la Universidad. Entonces sí, estaremos listos para *competir* en el *mercado* laboral. Estas dos palabras son clave para entender lo que la

educación está construyendo: personas que *compiten* para ocupar su sitio en un *mercado*. Así de fácil. El conocimiento no está contemplado del todo en este sistema, y si lo está es sólo como un intermediario entre el sujeto y el mercado, pues el conocimiento en este mundo no te hace sabio, sino competitivo.

Analicemos mejor lo anterior. El conocimiento, el verdadero; es decir, aquel que innova, que genera, que construye, siempre surge como un acto de rebeldía, como una protesta contra el sistema en el que se encuentra inmerso. Las historias de *éxito* que nos pasan en TV o que leemos en Internet y los libros comienzan siempre con personas que no encajan, con individuos que se sienten excluidos de la colectividad, y son esos mismos relatos los que cuentan cómo es que gracias a que decidieron seguir un camino alterno lograron llegar más allá de lo que otros llegaron. En lo colectivo, la individualidad siempre será un acto de rebeldía, y son esas pequeñas protestas individuales, esos casos aislados, los que logran ir *más allá*. O sea, transforman la rebeldía en conocimiento.

La educación busca generalizar y por ello es totalmente contraria al verdadero conocer; pues conocer es individualizar el mundo, re-crearlo, re-conocerlo desde nuestro propio sujeto lector. Entonces el verdadero genio, el verdadero creador y, claro, el único lector posible, es el que se aleja de la manada y ve desde arriba, y a solas, el mundo.

Los vividores del libro creen sortear el camino duro que tuvo que seguir el genio. Se mantienen en la manada y ahí rumian los conocimientos de otros; mastican una y otra vez la información que, les han dicho, los volverá vacas sagradas, animales superiores. Se alimentan de los libros pero no los prueban, el sabor –que tiene el mismo origen etimológico que el saber- les pasa desapercibido y sólo quieren que lleguen a su estómago y que una vez ahí sean digeridos lo más pronto posible para que puedan defecarlos. Ya que lo que leyeron sea sólo materia fecal, un asesor se acercará a sus heces académicas y les analizará más con apatía que con interés profesional, para luego darle una nalgadita a la nueva y titulada res que caminará, altiva y orgullosa, hacia el matadero.

Acerca de este rumiar conocimientos, Gabriel Zaid comenta: “La cita como prueba científica (aunque esté acompañada de comentarios irreverentes) tiene una nobleza (la tradición crítica, la cultura como conversación) que ya no se encuentra en la cita como trámite cumplido para cubrir los requisitos de admisión.”<sup>viii</sup> La cita debe invitar al diálogo, el conocimiento no es tal si no hay una conversación que lo enaltezca y lo lleve de una a otra

persona, pero la cita –esa barbarie de la academia- se ha convertido en una especie de vicio con ciertas especificidades técnicas. Algo con lo que hay que cumplir para demostrar que se ha rumiado el conocimiento de los otros, aunque de tanto rumiar nos atragantemos. “Para la tecnocracia universitaria, una buena tesis no es la que dice algo nuevo o diferente sobre un tema específico, sino la que explica detalladamente cómo se desarrolló la investigación y cuáles fueron los parámetros utilizados para producir un conocimiento que jamás aparece por ningún lado.”<sup>ix</sup>, Serna me recuerda lo que Heidegger menciona acerca de las ciencias duras, para el filósofo la ciencia no *piensa*, es decir no tiene la facultad de preguntarse acerca de sí misma, de fundarse en sus propios presupuestos *científicos*, para ello necesita de la filosofía. En ese sentido, la única disciplina que puede *pensar* o pensarse a sí misma, es la filosofía. “Toda ciencia descansa en presupuestos que nunca pueden fundarse científicamente, pero sí pueden mostrarse filosóficamente. Todas las ciencias se fundan en la filosofía, no a la inversa.”<sup>x</sup>

Estemos o no de acuerdo con Heidegger, el vicio del que habla Serna puede muy bien dialogar con la declaración heideggeriana. Lo que las disciplinas humanísticas han intentado con su *tecnocracia académica* es transformar conocimientos *blandos* (moldeables) como la filosofía, la literatura, el arte, en conocimientos *duros* como los que proporciona la ciencia. El gran error queda de manifiesto con la aseveración de que la *ciencia no piensa*. El científico no *piensa* mucho más en los conocimientos duros, sólo puede (parafraseando a Serna) explicarlos detalladamente, hablar de cómo se desarrolló la investigación y cuáles fueron los parámetros utilizados para producir dicho conocimiento. Cuando el científico *piensa*, cuando intenta producir un nuevo conocimiento, entonces abandona los presupuestos científicos y echa mano de los filosóficos, incluso vuelve a tomar el arma de la imaginación para atender a algo que no *conoce todavía* y que por tanto *sí necesita pensarse*.

Con esto en claro, podemos decir que lo que merece *pensarse* es lo que aún no se conoce. “Lo que más merece pensarse en nuestro tiempo problemático es el hecho de que no pensamos”<sup>xi</sup>, declara Heidegger, y en esa aseveración podemos ver el abismal fallo de los centros de estudio universitarios, donde los estudiantes no acuden a *pensar*, sino a vanagloriarse de que ya piensan, a recibir un título por ser animales *que piensan que piensan*.

Podríamos caer en el cantinfleo heideggeriano, pero para evitarlo volvamos a Zaid: “Citar es conversar, asumir una tradición, tomar en cuenta los trabajos previos”<sup>xii</sup>, el



conocimiento requiere más que de objetividad científica, de intuición y audacia intelectual, “pero entonces las mejores plazas serían para la gente más lúcida, y el principal objetivo de la burocracia universitaria es cerrarle el paso a la inteligencia.”<sup>xiii</sup> (Serna). Las carreras universitarias humanísticas rara vez fomentan, producen o fortalecen el conocimiento; en su interior se gestan los próximos burócratas del saber, las siguientes generaciones de tecnócratas de la ignorancia.

Los escritores son otra especie de vividores del libro. Cada vez es más raro encontrar a un profesional de la escritura que viva *para* escribir, en la mayoría de los casos viven *de* escribir. Y como ya mencionamos anteriormente, usan el libro como un intermediario entre ellos y el mercado. Es alarmante que a los literatos actuales no les preocupe la literatura, sino la manera en que ésta pueda proveerles de dinero y reconocimiento.

Si siguiéramos en el sendero que abrió la frase de Heidegger podríamos entender lo anterior como un intento por transformar la literatura en un *objeto digno de apreciación*, pero no digno de ser *pensado*. La verdadera literatura es la segunda, aquella que *se piensa a sí misma*, que es capaz de cuestionar su función y su autonomía; mientras que la primera es una literatura ya *hecha*, que sólo puede analizarse en su última constitución, como un *objeto* ya terminado y cerrado en sí mismo –muy parecido a las tesis universitarias de las que habla Serna-. La finalidad de los nuevos profesionales de la escritura es lograr ese tipo de literatura: una cerrada en sí misma, que pueda apreciarse, *entenderse*, que no cuestione nada, que no sea *pensable*. El escritor supedita los objetivos del libro –transformar, cuestionar al lector- a sus propios objetivos –obtener un premio, ganar dinero, vivir *de* la literatura-. Porque los escritores actuales son tan parecidos a lo que Rodrigo Fresán proyecta en su novela *La parte inventada*, como IKEA, un autor que “era un virus, algo diseñado en laboratorio secreto por sí mismo. Alguien cuyo único objetivo era convertirse en escritor célebre y, para conseguirlo, estaba dispuesto incluso a escribir”<sup>xiv</sup>.

Incluso a escribir. Porque *escribir*, leer, ya no es indispensable para el hacer creativo. Como todo en este nuevo mundo, de lo que se trata es de *simular*. Simular que se lee, simular que se escribe, simular que se piensa. La simulación es la nueva religión y tiene como objetivo el reconocimiento y algo de dinero. El escritor del siglo XXI vive del libro, hace libros para venderlos y para conseguir una vida cómoda –en lo posible-, además de algunas

chicas interesadas en simular ser la musa de un apolo megalómano. El libro no como un contenedor de conocimiento, sino como una cárcel donde poder expiar nuestros demonios.

La escritura es ante todo una necesidad vital, al igual que la lectura, la perversión sucede cuando *creamos* esa necesidad para aprovecharnos de ella. La genialidad debería ser consecuencia de la obsesión cotidiana, pero el escritor hoy está obsesionado por simular una genialidad para, a causa de ella, hacer surgir una obra trascendental. El genio artificial sólo crea obras artificiales, sopas instantáneas que se consumen luego de tres minutos en el horno y se desechan luego. El verdadero genio lo es porque vive *para* su obsesión y no de ella. Kafka, Pavese, fueron vencidos por su obsesión, pero sus obras siguen vivas, respiran. Mientras que nosotros, hoy, creando *fan pages* y buscando los reflectores, tal vez vencamos nuestra obsesión, pero con ello estaremos matando el futuro de nuestras obras.

## **El usurpador usurpado**

Hasta aquí, es momento de terminar nuestra disertación. ¿En qué mente no habitan las historias fatales, los finales donde el protagonista termina -se veía venir- destrozado por su obsesión? El libro es también un arma, como ya hemos visto, pero es además, en su propia concepción, un *ente* que nos *sustituye*, que se nutre de nosotros para luego ocupar nuestro lugar.

Fresán, en la novela que ya mencioné anteriormente, nos recuerda, en voz de su personaje principal, que “del polvo venimos y al polvo volvemos. Y hace tiempo leí –en un libro, por supuesto- que el 90 por ciento del polvo de una casa está compuesto por residuos que se desprenden del ser humano. Y vaya usted a saber en qué otro libro leí que el polvo les hace bien a los libros, que los mantiene jóvenes, que no es bueno desempolvarlos muy seguido. Así, nosotros nos deshacemos para que los libros no se deshagan. Me parece prosística y poéticamente justo”<sup>xv</sup>.

Es una sentencia redonda, como la concluye Fresán: poética, prosística, justa. Primero pienso si realmente lo habrá leído. ¿Podemos confiar en la memoria de un escritor? O mejor: ¿podemos confiar en la memoria de un escritor inventado, personaje subordinado al otro? Si en la literatura la mentira no es sólo bien vista, sino necesaria –la verdad sospechosa, que diría Reyes-, ¿podemos esperar un argumento confiable de un escritor que en toda la novela, de casi seiscientas páginas, no nos da ni su nombre? Antes de continuar pienso si confirmar la información en Google. ¿Es bueno el polvo para los libros? ¿Está el polvo de nuestra casa constituido en el noventa por ciento de residuos humanos?, luego concluyo que no me importa, lo justo de la sentencia se sostiene en su contundencia poética, en su formulación precisa sólo comprobable dentro de su propio universo fragmentado.

La novela es un mundo ideal que surge de la desidealización del primero; un fragmento del original pero con autonomía para configurarse a partir de sus propios teoremas. En *La parte inventada*, la novela a la que hacemos alusión, la cita bíblica que abre el fragmento se muestra como un anuncio de la sentencia que al final se revelará: los libros se alimentan de nosotros. Si lo queremos ver de una manera sólo metafórica, como un ejercicio dialéctico e imaginativo, es perfecto. Pero también si extraemos sólo lo analógico para traerlo a este mundo, que no pertenece al fragmento pero que lo hace nacer, porque *la parte inventada* nace de la *parte real*, y aunque nosotros nos encontramos en la segunda, la primera nos ha pedido confiar en su declaratoria: el polvo son nuestras células muertas y de ellas se alimentan los libros.

Físicamente alimentamos la *forma* del libro. Nuestro envase, al degradarse, alimenta el envase del libro. Es patológico, terrible, nuestra obsesión por expandirnos nos destruye, nos aniquila nuestro afán por no desaparecer. Recuerdo la frase que propone como objetivos de vida plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro. Por más bella y sensibloide que pueda parecernos, detrás de ella se esconden motivos más bien egoístas. Escribimos un libro y tenemos un hijo con el objetivo de no irnos del todo, de dejar en el vástago y en la obra *algo* de nosotros. Uno, si queremos verlo así, como la extensión de nuestra conciencia, el otro como la de nuestra carne. Y el árbol, bueno, en algún lugar debemos vivir y un mundo sin árboles sería imposible para el ser humano. Cuando cuidamos el ambiente lo que hacemos es preservar nuestra supervivencia, asegurar nuestra despensa y el lugar al que explotamos. El libro ha sido desde siempre un sustituto del hombre, y sí, tal vez de lo mejor que tiene el

hombre –de lo no perecedero-, es decir: de sus ideas. Quien escribe se inventa, antes de morir, otro *espacio*, uno donde pueda seguir *siendo*, seguir estando.

Así, alimentamos al libro porque somos el libro. La imagen de Fresán puede ser sólo una metáfora de lo que el objeto libro termina significando para nosotros: una tumba, la puerta a la trascendencia. El libro es un contenedor, ya lo hemos dicho varias veces, pero también es lo que se contiene; lo que no se quiere dejar ir. El libro es el resultado del egoísmo y la frustración, pues toda escritura nace del ego y se encamina al fracaso; quien escribe posterga, inútilmente, ese fracaso. El punto final es siempre irremediable, como la muerte, la única certeza que hay en el escribir es que algún día ya no podremos hacerlo.

El libro nos sustituye, nos usurpa. No sólo nos completa, sino que sin él no somos. El habitante del libro es también el hogar del libro. Vivimos en él y él en nosotros. Pienso en la imagen de Manguel echado, durmiendo en el suelo al lado de los miles de ejemplares de su biblioteca. Los esperaba desde otro país y mientras no arribaban se sentía inútil, inservible, inacabado. Pero cuando al fin los tuvo no pudo contener la sensación de completitud, la idea de que el Universo era un lugar cerrado hecho sólo para él y sus libros. Cuenta que durmió al lado de su biblioteca porque allí se sentía seguro.

El usurpador usurpado, cuando el libro debía ser el que contuviera las ideas del hombre; el hombre –sin posibilidad de huida- se vuelve el contenedor de libros.

Hay dos aspectos de la anécdota de Alberto Manguel que pueden servirnos en este discurso. Primero la idea de utilidad, precisamente es el libro en su cualidad de objeto –ya lo hemos mencionado- el menos capaz de ser práctico. Su función, si le arrebatamos la intelectual, es el mero ornamento. Así, la *cosa* más inútil del planeta hace sentir, en su ausencia, inútil al hombre. Sin libros el conocimiento pareciera desaparecer, el pasado se volvería inalcanzable, como un recuerdo soporífero que apenas y percibimos borrosamente. Los libros se han vuelto una extensión no sólo de nuestra memoria, sino también de nuestra imaginación –que diría Borges-. Sin el libro el ensayista, el poeta, el escritor, no podría dialogar con sus semejantes; se quedaría sin herramientas para *ensayar*, para *poetizar*, para narrar su propia sintaxis vital. El libro diagrama el universo, genera la geometría del mundo ficticio, contiene en fragmentos lo inabarcable; da sentido a lo que no tiene dirección. Los literatos, los físicos, los médicos, los cocineros buscan en el libro *algo* que *otro* puso ahí. Acudimos al libro a usurpar un conocimiento, y el libro sustituye al hombre con la finalidad

de que el hombre no se quede en absoluta soledad, rodeado de miles de muertos olvidados. El libro como herramienta de la imaginación se presenta inútil para el mundo práctico de lo real, pero indispensable para el trascendental mundo de la ficción.

Por otro lado, que Manguel haya dormido rodeado de su biblioteca es un ejemplo de lo que la contundente sentencia de Lobsang Castañeda nos recuerda: “La biblioteca es el origen y la meta de la escritura [...]. El libro proviene del libro”<sup>xvi</sup>. Antes de escribir cualquier escritor es un lector, de ahí que quiera escribir. El lector es su biblioteca, lo que ha leído lo conforma, lo configura. Es un animal que viene del signo, y en el signo se detiene: escribe, reconstruye su propia metáfora vital a partir de lo que ha leído. Entonces vuelve a la biblioteca, ya no como hombre sino como libro; ya no a su biblioteca sino a la de otro. El escritor nace en un estante de libros y muere ahí mismo. Inhala el polvo que sueltan los libros y luego, lentamente, lo regresa mientras se degrada y vuelve a ser un puñado de ejemplares que lo contienen.

Hace poco leía un libro de Gasset, un viejo ejemplar de editorial Salvat. Llevaba una decena de páginas y comencé a toser. Me dolían los pulmones. Pensé que aquel ejemplar desvencijado estaba intentando matarme. Era un libro viejo, aun más inútil –como objeto– que los aún retractilados. Ni siquiera podría usarlo como adorno. Era feo, soltaba polvo y varias hojas estaban por desprenderse. Mientras leía me dije que, en cuanto lo acabara de leer, lo tiraré o, tal vez, lo regalaré para que terminara de matar a otro. Pensé también que me seguía doliendo un poco la muñeca, empezó cuando leía a Fresán. Mi error es que acostumbro tomar el libro con una sola mano y en ejemplares voluminosos no es muy recomendable dicha técnica. Esa reflexión práctica me llevó a que el librero que tengo frente a mí cuando escribo no está del todo bien equilibrado. Tal vez en un sismo ligero termine viniéndose encima.

No regalé ni tiré el libro de Gasset. Lo reviso ahora mismo y el polvo empieza a contaminar mis pulmones. La literatura al igual que la vida sólo termina con la muerte. Dice Ortega y Gasset: “Después de dos siglos de huir de la muerte hace falta fomentar el arte de morir. Junto a los innumerables hospitales, cajas de ahorro y sociedades de seguros, fuera espléndido multiplicar las sociedades de riesgo.”<sup>xvii</sup>

El libro, ese usurpador, es un riesgo que, sin embargo, nos permite desde nuestra *parte inventada*, crear la *real* y, con ello, elegir la muerte que mejor nos plazca.

- 
- i SERNA, Enrique (2013). *Genealogía de la soberbia intelectual*. México: Taurus. p. 37.
- ii MANGUEL, Alberto (2014). *El viajero, la torre y la larva*. México: FCE. pp. 98, 99.
- iii *Ibíd.* p. 55.
- iv SERNA, Enrique (2013). *Genealogía de la soberbia intelectual*. México: Taurus. p. 194.
- v ZAID, Gabriel (2009). *El secreto de la fama*. México: Lumen. p. 33.
- vi MORAVIA, Alberto (1983). *La Romana*. México: Planeta. p.8.
- vii PIGLIA, Ricardo (2015). *Los diarios de Emilio Renzi/Años de formación*. México: Anagrama. p. 39.
- viii ZAID, Gabriel (2009). *El secreto de la fama*. México: Lumen. p. 33.
- ix SERNA, Enrique (2008). *Giros negros*. México: Cal y arena. p. 139-140.
- x HEIDEGGER, Martin (2005). *¿Qué significa pensar?* Madrid: Trotta. p. 127.
- xi *Ibíd.* p. 16.
- xii ZAID, Gabriel (2009). *El secreto de la fama*. México: Lumen. p. 35.
- xiii SERNA, Enrique (2008). *Giros negros*. México: Cal y arena. p. 141.
- xiv FRESÁN, Rodrigo (2014). *La parte inventada*. Cayfosa: Random House. p. 504.
- xv *Ibíd.* p. 510.
- xvi CASTAÑEDA, Lobsang (2013). *Náusea y alergia*. México: Tierra Adentro. p. 59.
- xvii GASSET, José Ortega y (1971). *El espectador*. España: Salvat. p. 124-125.